

Entrevista a Ángela Mena Lozano

Ángela Mena Lozano es docente de la Universidad de Antioquia, investigadora, formadora de formadores y activista de procesos afrocentrados e interculturales. Magistra en Educación con énfasis en Docencia e Investigación de la Universidad Santander de México. Especialista en Planeación, Administración y Evaluación de Proyectos Sociales y Educativos, de la Universidad Pedagógica Nacional -CINDE. Licenciada en Psicopedagogía y Administración Educativa, de la Universidad Tecnológica del Chocó "Diego Luis Córdoba" -UTCH. Tiene estudios de Doctorado en Educación, de la Universidad de Antioquia; y ha cursado el Diplomado en Investigación Cualitativa, del CINDE; entre otros.

"Ángela Mena Lozano es una hija de la dinastía Mena Lozano, es una madre, es una abuela felizmente hoy día, es hermana, es tía, es amiga, es familia y es maestra. Es maestra por convicción y es una maestra afrodescendiente que en los últimos años ha decidido ocuparse de pensar y trabajar por la visibilización del pensamiento afrodescendiente, del pensamiento afrocolombiano de esos hombres y mujeres que han aportado a la construcción de este país, pero que sabemos, debido a la colonización y luego la colonialidad del saber, del poder, del ser sobre todo, han quedado por fuera de las estructuras educativas y entonces se ocupa de revisitar un poco esos relatos, de visitar esas experiencias negativas y tratar de construir con otros y con otras unas nuevas narrativas que aporten a la convivencia, que aporten a la paz, que aporten al reconocimiento del otro, de la otra como un legítimo otro y otra que es igual a mí aunque diferente y que por tanto tiene los mismos derechos de ser y de estar en estos territorios".

Ángela Mena Lozano: Bueno, Ana Rosa y al proyecto Educapaz, primero que todo, muchísimas gracias por esta invitación a poner una palabra a propósito de las Afectaciones producto del racismo y la discriminación para este proyecto que están construyendo, este proyecto literario sobre tejiendo paz, experiencias y educación para la paz en Colombia. Ángela Mena Lozano es una hija de la dinastía Mena Lozano, es una madre, es una abuela felizmente hoy día, es hermana, es tía, es amiga, es familia y es maestra. Es maestra por convicción y

es una maestra afrodescendiente que en los últimos años ha decidido ocuparse de pensar y trabajar por la visibilización del pensamiento afrodescendiente, del pensamiento afrocolombiano de esos hombres y mujeres que han aportado a la construcción de este país, pero que sabemos, debido a la colonización y luego la colonialidad del saber, del poder, del ser sobre todo, han quedado por fuera de las estructuras educativas. Y entonces se ocupa de revisitar un poco esos relatos, de visitar esas experiencias negativas y tratar de construir con otros y con otras unas nuevas narrativas que aporten a la convivencia, que aporten a la paz, que aporten al reconocimiento del otro, de la otra como un legítimo otro y otra que es igual a mí aunque diferente y que por tanto tiene los mismos derechos de ser y de estar en estos territorios.

Ángela Mena Lozano: Bueno, frente a la pregunta sobre qué elementos considera claves al revisarse cómo la educación ha contribuido a la construcción de una cultura de paz del país, pues yo pienso que elementos claves para esa revisión pues sería una revisión también de la sociedad, una revisión también de la historia, la historia de Colombia, la historia de nuestro país. Pues si bien es cierto tiene cosas bellas, maravillosas de construcción colectiva, podríamos decir, también sabemos que está montada sobre una serie de injusticias, sabemos que está montada sobre invisibilidades, está montada sobre dolores, está montada sobre exclusiones, expulsiones y eso es innegable y eso hay que mostrarlo. Yo siempre digo que estas cosas, estos flagelos del racismo, de las violencias pues son como el cáncer, hay que ir a la raíz, hay que ir a la causa, duele, duele a veces abrirla, abrir esa herida, pero sólo abriéndola y reconociéndola podemos construir paz. Entonces generar una cultura de paz pasa por generar una cultura del respeto, una cultura de la valoración, una cultura de los derechos, de los derechos humanos, de los derechos sociales, de los derechos a la vida y a la vida digna. Por eso fue muy importante digamos ese ejercicio que se hizo sobre la comisión de la verdad y que ha generado pues por un lado muchas dificultades y problemas, pero por el otro ha generado también tranquilidades, porque saber la verdad pues de alguna manera nos ayuda a comprender un poco estas, como decía estos dolores, pero un poco las razones o las cien razones de las violencias y desde allí asumir un posicionamiento hacia adelante en el sentido de

avanzar en la humanización y en esa línea digamos revisar la educación que hemos tenido. Nuestras apuestas educativas han construido diría uno a la paz en la medida que hay algunos valores que desde la educación se han impulsado, el respeto, algunos valores sociales, morales, la solidaridad, pero sabemos que también en esa educación como decíamos han estado esos silencios, esos racismos, han estado esas exclusiones y de alguna manera la educación ha construido no una cultura de paz sino una cultura de violencias, entonces poder hacer y poder mirar eso para mí es importante.

Ángela Mena Lozano: Entonces a la pregunta ¿cómo cree que la educación puede contribuir para seguir fortaleciendo la cultura de paz?, diría que sí, digamos que viene conectada con la primera pregunta y tiene que ver definitivamente con cambiar la idea de la educación exclusivamente para el trabajo, exclusivamente para desarrollar competencias laborales, de la matemática, del lenguaje, del inglés y demás, hacia pensar precisamente en una educación que nos empodere de sí, una educación que entienda nuestro ser colectivo en el mundo, en la escuela, una escuela que se abre a las diversidades, una escuela que se abre a enseñar a amar, a enseñar a cuidar. Y desde allí también, cuando en la escuela se reconoce cuáles han sido esas exclusiones y esas injusticias, pues abrirse y disponerse a trabajar de otro modo, a trabajar con los otros, con lo otro, a respetar la naturaleza, a respetar a las otras personas, sus valores, sus culturas. Y de pronto también en la escuela, enseñarnos cómo se agencian o cómo se trabajan y se tramitan los conflictos; una educación que valore el cuerpo entero y que los valores se acuerpen, los valores se hagan cuerpo, no sólo pensando en la mente, sino abriendo el corazón, abriendo los sentimientos, como planteábamos por acá en la universidad, esos sentidos éticos y estéticos que a veces en la escuela pasan por alto, corriendo, digamos, tras respuestas a estándares que muchas veces son impuestos internacionalmente, en donde hay asuntos que tienen que ver con la valoración, que no tanto con la evaluación y la calificación, y que en la escuela no se consideran importantes. Y entonces a veces las urgencias y las afugias de los resultados complican un poco los procesos y los procesos humanos como tal.

Ángela Mena Lozano: Entonces, ¿cuál ha sido

el rol de los y las docentes en esto y de las comunidades educativas? Pues es que allí hay, digamos, dos posibles miradas, si se quiere o hablar de responsabilidades. A mí me parece que hablar de responsabilidades es importante. Una es la responsabilidad de los docentes en ser maestros, maestras, acompañantes de procesos de vida, de desarrollo humano, por supuesto con calidad científica, intelectual, disciplinar de lo que enseñan, ¿verdad?, y cómo lo enseñan, pero sobre todo enseñar el amor y la pasión por aquello que se sabe, por aquello que se hace, y la pasión por enseñarle a otros y a otras. Pero también sabemos que hay imposiciones gubernamentales, como por ejemplo de estas que estaba hablando, de que cuál es la lengua, cuál es el idioma que hay que hablar, y entonces es el comercial, y entonces hay que hablar el inglés, y bueno, el español para nosotros, pues la colonización nos puso a hablar español, pero también sabemos que hay otras lenguas acá, indígenas, muchas, más de sesenta, tenemos el criollo para comunidades raizales de San Andrés, y tenemos, por ejemplo, el palenquero, pero sabemos que la escuela, desde su nacimiento, pues trató de ocultar, de expulsar esas otras lenguas, esas otras formas que ayudan al ser y a la conexión del ser con los otros y con el propio territorio. Entonces, cuando llegan estas imposiciones, pues a veces los docentes no tienen muchas posibilidades de la atención a los asuntos humanos, a los asuntos sociales, a las reflexiones, ¿verdad?, porque tienen que estar corriendo, como digo, tras esos resultados. Entonces ese rol ha sido más bien pasivo, diría yo, pero no exclusivo por culpa y responsabilidad de los docentes, sino que muchas veces el mismo sistema no lo permite, y con ello las comunidades educativas, porque en esos días yo conversaba con mis estudiantes y les decía, yo sé de padres, madres, que frente a un llamado de la escuela, un llamado del maestro o la maestra, pues los rehusan diciendo que ellos no tienen tiempo para perder y utilizando expresiones desobligantes con los maestros o las maestras. Y entonces pues todo eso es violencia, eso es una violencia de los padres, madres, tutores hacia los docentes que muchas veces hace que los acudidos, que los tutoriados, los estudiantes, las estudiantes, pues no respeten en la escuela esa figura del maestro y la maestra y eso hace que si tienes comunidades educativas y tienes sociedades, para decirlo, pensando en la educación, que no están ocupados pensando la escuela como un entorno realmente educativo y formativo, pues

eso se refleja también en la escuela. Entonces digamos que allá hay reflexiones que hay que hacer, tanto en lo individual, en lo grupal, colectivo, del cuerpo docente, pero también de los ministerios y las secretarías y las coordinaciones, si posibilitan o no posibilitan qué tipo de educación.

Ángela Mena Lozano: Se me pregunta por ejemplo por el racismo y cómo se expresa en los distintos contextos del país. Sabemos que el racismo como tal es un sistema, es un sistema que deviene de la supresión del otro, la invisibilidad del otro, la otra, los grupos étnicos o etnizados, racializados, ¿verdad?, que decidió que una mayoría pigmentocráticamente hablando y blanca, ¿verdad?, excluyera, instrumentalizara, cosificara a otras que no eran poseedoras de sus mismas características, de sus mismos roles, de sus mismos contextos sociales y al considerarlas inferiores, pues desplegasen todo un artificio, desplegasen toda una estructura para minimizar, subvalorar e impedir el disfrute de los derechos humanos y los derechos sociales. Entonces el racismo se expresa en distintos contextos y de distintas maneras, yo hablaría de un, para que se entienda, un racismo antinegro, es el racismo que más se conoce digamos contra las personas de tez oscura que fueron ubicadas, como va a decir Franz Fanon, en la zona del no ser, no ser sujeto, no ser persona y por eso todo lo que ya sabemos sucedió con la trata esclavista que en nuestro país continuó después, diríamos, con los herederos de la blanquitud, fue un racismo que hasta hoy nos acompaña y que por ejemplo si uno se pone a analizar las gestas libertarias en este país, la presencia indígena y la presencia afrodescendiente en esas luchas pues se ocultó, si se habla de las campañas libertadoras pues se habla de los héroes y esos héroes libertadores pues son blancos, son hombres, se ocultó incluso la presencia de las mujeres, bueno se resaltó de algunas para nosotros, Manuelita y demás, pero el resto de mujeres que participaron de esas gestas quedaron ocultadas y muchas de esas mujeres fueron mujeres descendientes de africanos, africanas y de pueblos originarios como se les llama hoy día.

Ángela Mena Lozano: Entonces se expresa en el racismo institucional. Sabemos que ahí no hay que ir lejos para ver la escasa presencia de personas afrodescendientes, de personas de tez oscura en las esferas de poder, de personas indígenas en

las esferas de poder. Veamos todo lo que generó por ejemplo a nivel país, que nunca se había visto, y eso es de admirar en este gobierno del cambio, dar lugar a esas presencias afrodescendientes, a esas presencias indígenas, a esos colores distintos a los que tradicionalmente veíamos, esos tonos de piel que tradicionalmente veíamos en los lugares de poder, de los ministerios, de las cancillerías, de las embajadas, y que digamos este gobierno entendió la necesidad de descolonizarnos en ese sentido y abrir esas puertas del derecho a ocupar esos espacios. Y entonces con ello hemos visto las reacciones de muchas personas racistas y todo lo que han empezado pues a decir de los indígenas y de los afros, y leyéndolos negativamente, buscándoles la caída, las comparaciones, comparándolos por ejemplo con otras personas que no que otrora han ocupado esos puestos de clase social alta, de estudios en el extranjero, preguntarle por ejemplo a una mujer indígena o violentarla pues porque si no sabe inglés cómo va a estar en estos cargos, bueno todas las cosas que se inventan.

Tenemos el racismo escolar, que no sólo el racismo en la educación lo ejercen los niños o las niñas que diríamos por formación, por escuchar en su casa, en los contextos, ofenden a un niño o una niña poniéndole apodos o jalándoles el cabello, si tiene el cabello afro, expresiones como que hueles malo, este tipo de cosas, pero sino también que a veces los mismos profesores y las mismas profesoras ocasionan estas prácticas racistas, sea con la desatención, diciéndole a un niño que está siendo racializado que no le pare bolas a eso, la misma profesora o profesor no le prestan atención, sin entender lo que ellos hacen, la estima del niño o la niña, pero también con lo que nosotros llamamos el racismo epistémico, que no aparecen los textos, las producciones intelectuales de las personas afrodescendientes o las personas indígenas, la intelectualidad, la cultura no aparece en los cánones, en las materias obligatorias y esa es otra expresión de racismo. Y también lo que son las expresiones lingüísticas, el racismo cotidiano con los estereotipos, con los estigmas, ahí está, de eso precisamente creo que es el ejercicio que Ana mostraba en el trabajo que hicimos, que nos permitió ver esas expresiones de racismo en la universidad, pero que se repiten en los contextos educativos y sociales.

Entonces en el entorno escolar pues son muy

recurrentes las exclusiones, las invisibilizaciones, el maestro o la maestra que no ve al niño o la niña que levanta la mano, no lo ve, es invisible, para que sea partícipe; también están los chistes, los gestos desobligantes, decirle a una niña que se vaya a peinar o a motilar porque si tiene el cabello afro o si tiene sus trenzas, eso está mal peinado, no es limpio y aparte de ello pues el hecho de que los niños y las niñas afro por lo general pierden sus nombres en la escuela porque pasan a ser el negrito, la negrita, no sólo como digo en boca de los compañeros, sino en boca de maestros y de directivos. Entonces esas exclusiones y esas violencias se encuentran mucho en la escuela, lo que muchas veces lleva a niños y niñas, por ejemplo afrodescendientes, pues también sucede con indígenas, a no querer reconocerse como tal, sino a tratar de mimetizarse, de acomodarse, a ser de otro modo, como los otros quieren que sea. Entonces esto a veces, y son casos que se conocen de niños que quieren ser blancos, que no quieren tener el cabello de esta manera, que no quieren tener este tono de piel, y no es de culparles como muchas veces yo escucho, que los culpabilizan, sino que es entender que nadie quiere estar siendo puesto en ese lugar del dedo, donde apunta el dedo y en ese lugar de la exclusión o de la estigmatización.

Ángela Mena Lozano: Bueno, sí lideré esta iniciativa llamada “Abriendo la caja negra del racismo estructural”. Esta iniciativa pues surgió precisamente en un diplomado que hice con la gerencia étnica de Medellín, en desarrollo de lo que fue ubicar un poco el programa de Durban, contra el racismo, la discriminación y la xenofobia. Y entonces se hizo un diplomado para formarnos, para aprender a propósito y generar liderazgos antirracistas y antixenófobos. Y entonces allí se me ocurrió, había visto un documental de alguien, un documental de Brasil, donde había una caja a la cual la gente se asomaba y cuando la persona se asomaba le pegaban una torta en la cara, o sea la curiosidad matada de esa manera. Lo que yo vi fue que esa curiosidad podía servir para reflexionar sobre este tema del racismo y organizamos nuestra propuesta con la caja. En esos momentos estaba esta expresión de “Venga que no es para eso” y entonces le pusimos esa expresión afuera y adentro ubicamos una serie de palabras, frases, expresiones racistas y había una adentro cuando la persona se asomaba decía “racista yo” y luego empezaba a pasear la mirada por el interior de la caja y allí

había expresiones como “negro ni mi caballo”, como “negra que no sepa bailar, no es negra”, “indio que no la hace a la entrada, la hace a la salida”, bueno y otras. Y con esto hacíamos este ejercicio digamos primero como ¡wow! reflexivo, esperábamos y eso fue lo que salió, el impacto de ver esas expresiones que muchas veces son cotidianas, que las personas las repiten, que no saben que están siendo racistas y otros que bueno listo pues en efecto lo saben pero no saben que ello está siendo objeto de análisis. Y cuando las personas salían había unos jóvenes afuera que se le abordaban a la persona que había observado la caja preguntándole a propósito y ello nos permitía ampliar esas ideas que tenían sobre el racismo, sobre las percepciones. Y en un segundo momento, ya conversando con otros compañeros del grupo de investigación, gente de UNO Bantú y AGU Bantú, decidimos incluirle, ya no hacerlo verbal la pregunta solamente, sino que las personas dejaran expresiones de racismo y otra cajita que decía “Vení retemos el racismo” y pues bueno ahí viene la parte propositiva y es cómo retar el racismo y allí las personas frente a la expresión racista que habían puesto y otras que conocían escribían alguna alternativa de solución.

Ángela Mena Lozano: Bueno, fueron resultados varios, encontramos que había, estaba el racismo institucional, había expresiones de este racismo cotidiano que les decía, expresiones de racismo ligadas al estereotipo del bailar, de la sexualidad, que ha sido muy muy fuerte, esto de ligar a los hombres y las mujeres afros con una propensión al sexo y a la lascivia, como aparece incluso escrito en algunas, en algunos relatos, algunas narrativas de analistas, si se puede decir, pero que lo que hacían era repetir esa subvaloración del hombre y la mujer afrodescendientes, convertidos en negros y en negras, no, con todo lo que eso negativamente significa. Pero también encontramos, como les decía ahora, el racismo epistémico, que se salda con una suerte de justicia epistémica, y es entender y hacer presencia de estas otras intelectualidades, de estas otras formas de leer el mundo, transformando, por ejemplo, los cánones, que estas otras voces entren a los currículos, pero que también entren estas reflexiones, el lugar de la experiencia también, bueno, lo que llamamos vagabundeo de los estudiantes, saliendo del aula y visitando experiencias reales en los territorios. Entonces, en muchos, digamos que los resultados fueron por ahí,

no, fueron mostrándonos que en efecto el racismo sigue vivo... vivito y coleando, como decimos; no es ningún dinosaurio desaparecido y que necesitamos seguirlo investigando y seguirlo transformando, hasta dónde se pueda.

Y ello ya nos genera esa relación con la educación para la paz porque, como escribía por allí en algún artículo, con racismo no hay paz. No hay paz si el otro y la otra no se entienden como legítimos sujetos igual a mí, con responsabilidades, con valores, con derechos también. Y entonces, diríamos que dentro de los contextos educativos pues una manera de ir generando procesos de paz... bueno, en nuestro caso ha sido ponerlos de presente, por ejemplo, en los textos escolares de Etnoeducación y Cátedra para maestras y maestros de Antioquia, incluimos un eje que tenía que ver con Etnoeducación y Paz, y es cómo recurrir a las prácticas culturales de sanación, de diálogo, de conversas de resolución de conflictos que han tenido las comunidades, que no siempre a la puesta, digamos, legal... de las leyes... porque ha habido otras formas de resolver esos conflictos y es importante volver a ellos, volver al compadrazgo, volver al comadrazgo, incluso los componedores de que se hablaba en otros tiempos, para que disputas pequeñas no se conviertan en grandes problemas y en imposibilidades para vivir; entonces, digamos que tanto en culturas indígenas como en las culturas afros... y esto se va llevando la idea... y es que se entienda que esos diálogos culturales, esos relacionamientos, y podamos aprender de esas otras prácticas de las ancestrales, de las comunitarias, de las culturales, para generar paz.

Pero, no seamos ingenuos tampoco, para no tener en cuenta que, en nuestros territorios, sobre todo en los territorios rurales de nuestro país, mayoritariamente habitados por personas afros, personas indígenas, y por supuesto campesinas, es en donde se libran estas batallas, verdaderas guerras violentas, armadas, y que ello va construyendo, así nos duela, una cultura de la violencia... y con todos los dolores que ello implica. Entonces, que muchas veces frente a esas estructuras de poder la escuela puede hacer muy poco... aun cuando siempre esperamos que las escuelas sean territorios de paz y a que enseñen que podemos vivir de otro modo, a vivir en familia, esa familia extensa de la cual hablamos en las comunidades afros, y que se pueden restaurar los

tejidos... pero, el daño que esta confrontación de larga duración en Colombia le hace a los tejidos sociales en los territorios, a las familias, es doloroso... Y bueno pues, no nos paramos en la imposibilidad, sino que intentamos buscar posibilidades de reconstrucción de esos tejidos. Y es ahí, cómo creo que la educación puede ayudar mostrando esas verdades, mostrando esas realidades, mostrando los efectos de las violencias, no solo en los individuos, en las familias, sino en toda la sociedad, y, por supuesto, con los participantes de esa escuela, con los habitantes de esa escuela... interna, digamos, pero también abierta con la comunidad, las sociedades en las cuales estén, buscar aportar modos... modos de vivir en entornos más seguros para nuestros niños, nuestras niñas, pero también para las maestras, los maestros, para todos y para todas.

Esto es, digamos, una tarea nada fácil, pero el conocer experiencias exitosas en algunos territorios, en algunos sectores, en algunas escuelas, puede permitirnos ir experimentando, si se quiere, e ir insistiendo en que la paz no es el fin es el camino, en tanto cada quien pueda ir haciendo su aporte, pues, lo lograremos... Es como una utopía... Pero las utopías sirven para nuestro caminar, como decían nuestras mayoras.

Ángela Mena Lozano: En cuanto a avances en Colombia hacia una educación no racista, antirracista y no discriminatoria, pues, yo siempre he celebrado... y voy a celebrar la Etnoeducación porque para mí la Etnoeducación constituye una suerte de revolución educativa si se entiende, no como algo que separa sino como algo que une... como volver a las raíces... volver a las culturas colombianas, y, por supuesto, abrirnos a la cultura africana y a la cultura afrodescendiente, la cultura colombiana, que ha sufrido tanto, digamos, en nuestra educación y en nuestra sociedad; y también con nuestras culturas indígenas, y si se quiere, la Rrom. Para mí, la Etnoeducación es un camino para la paz, es un camino para inventarnos, es un camino para pensarnos de otros modos; y es un camino para, de alguna manera, reparar lo que ha sido el racismo y la incidencia, y la responsabilidad que la educación ha tenido en el racismo escolar y social.

Pero, digamos que como siempre, es el lugar donde se dan estos hechos negativos que estamos comentando, pero es también el lugar donde

se pueden generar las transformaciones, y de esa manera, apuntarle a una educación que no discrimine. Y esto no es nada fácil, porque hoy por ejemplo estaba en un evento, y a propósito de la educación inclusiva y demás, y había personas que decían “es que no nos escuchan a nosotros las comunidades negras, las comunidades indígenas... nos excluyen” y ahí eso requiere de unas lecturas más empáticas, si se quiere, y es reconocer que la llamada cultura mayoritaria o la cultura heredada de la blanquitud pues ha tenido esos lugares, ha tenido esos espacios... y que, entonces, si se dialoga con ella, pues, se continúan porque, en realidad pues, al hablar de una educación que respeta, que valora y que visibiliza las otras culturas, pues, ésta está ahí; pero es de reconocer que ese lugar que no había sido dado a, por ejemplo, la cultura indígena, la cultura afrodescendiente, pues debe priorizarse, digamos.

La Cátedra de Estudios Afrocolombianos es para eso; desde mi punto de vista, no es para nombrarla de otro modo; hay algunos que dicen, nombrémosla como la cátedra de la paz y de las diversidades, y resulta, pues, que ello finalmente estaríamos en el mismo lugar porque no partimos del mismo punto; y, entonces, si a todos los ubicamos en el mismo nivel, pues, estaríamos simplemente repitiendo lo mismo. Entonces, yo sé que no es como muy... que se acepte lo que digo, pero es lo que pienso. A veces, hay que, para cerrar la brecha, hay que tratar de equilibrar, y eso implica hacer unos ajustes... Y esos ajustes tienen que ver con poner en primeros lugares lo que antes estuvo en lugares inferiores, y porque sea un asunto de retaliación sino de reparación. Así es como entiendo esto... Y lo entiendo desde la paz.